

(Traducción)

19 de octubre de 1970

## Para un nuevo humanismo

Hoy en la sociedad de consumo solo se quiere ahorrar una cosa: el tiempo.

Si miramos la publicidad a nuestro alrededor, si escuchamos la radio, se seguimos la televisión, frecuentemente escuchamos palabras que expresan: "pronto", "ahora", "rápido", "en seguida", "en dos minutos...".

También la cultura y la pintura usan pocos toques, medios pobres, pero sobretodo actúan rápidamente allí, donde en siglos anteriores, el arte exigía tiempo, mucho tiempo...

Atravesamos durante el año pasado un espacio claro, un prado sin cultivar en los alrededores de la ciudad. Volvemos a pasara este año y admiramos un florecer de casas, de grandes casas.

Desaparecen en pocos meses, sin que nos percatemos, calles usadas durante décadas y encontramos autopistas magníficas...

Todo se hace con celeridad y mucho está prefabricado.

No hablemos de la comunicación, que acerca a las personas, las más alejadas, haciendo ahorrar con ello días de viaje.

Incluso los ánimos más abiertos a las cosas más sublimes, incluso los cristianos atentos y atraídos por los misterios inaprensibles no pueden dejar de sentir la influencia de este nuevo ritmo al que se ha encaminado la humanidad, especialmente la más avanzada.

Para la mayoría resultan anacrónicas las horas pasadas en solitarias contemplaciones, en prolongadas meditaciones.

Se prefiere encontrar fórmulas breves, pero seguras, para alcanzar el objetivo que en este caso es nada menos... la unión con Dios.

Es en tal clima, en este contexto, que me parece de gran actualidad una frase, ciertamente probada por la experiencia y atribuida a san Buenaventura en la que se afirma que va más adelante en el camino de Dios un alma en cuarenta días si no se para nunca, que otra en cuarenta años, incluso cerrada en un convento, con todas las ayudas para ser perfecta, si de vez en cuando se para "en los valles de las imperfecciones y de los pecados veniales."

No puede dejar de impresionados una afirmación de este tipo, no puede no poner en cada uno de nosotros una cierta carga de entusiasmo.

No puede no hacernos preguntar: pero, ¿cómo se hace para no detenernos en las imperfecciones y en los pecados veniales?

La respuesta parece evidente: buscando constantemente la perfección.

Pero, ¿en que consiste la perfección?

Lo sabemos por Cristo: en el amor, porque quien ama no peca; en el amor hacia Dios, que encuentra su concretización en el amor hacia el prójimo.

Es con la caridad hacia nuestros hermanos que se pasa continuamente de la muerte a la vida, que se permanece en la vida, la cual es garantía de la vida que no tendrá fin.

Hoy, cuando todo el mundo se está encaminando hacia un humanismo de nueva acuñación, que encuentra los más varios matices en las diversas ideologías y fascina a masas e individuos, el imperativo cristiano de la caridad aparece de máxima actualidad: un humanismo donde el hombre mira al hombre y el pueblo al otro pueblo a través de la lente transfigurante de la persona del Cristo.

El mismo Concilio ha tomado conciencia del nuevo lugar que el hombre está asumiendo en el concepto de la sociedad moderna y reafirma que "la ley fundamental de la humana perfección, y por tanto también de la transformación del mundo, es el nuevo mandamiento de la caridad. Por lo tanto a los que creen en la caridad divina, Cristo les da la certeza de que el camino de la caridad está abierto a todos los hombres y que los esfuerzos dirigidos a realizar la caridad universal no son vanos."

El Papa Pablo comentando este pasaje dijo: "La Iglesia tiende a valorar al hombre, a respetarlo, a darle conciencia de su grandeza; no lo humilla, sino que lo exalta, no lo narcotiza, sino que lo despierta al sentido de su dignidad, no lo desprecia nunca - y ¿cómo podría? – sino que lo estima y lo ama, se inclina hacia él, lo abraza y casi le infunde su propio corazón, como Jesús que lavó los pies a los apóstoles, como los santos que supieron abrazar a los leprosos y a los enfermos. La caridad se sitúa luminosamente en la función que la Iglesia está llamada a realizar; llevar al hombre a su pleno desarrollo..."

Los santos vieron siempre claro sobre este argumento.

De hecho, llegaron al vértice de la perfección porque amaron al prójimo.

Está escrito de la virgen de Siena: "... pero Caterina pensaba que no basta dar cuando se nos pide y no basta desviar el oído de los que nos suplican: por lo tanto empezó a ponerse a la búsqueda de los indigentes. Mientras todos dormían iba a dejar el pan a su puerta, una botella de vino y un saquito de harina o un cesto de huevos. Igual que lo había hecho también S. Nicola de Bari. Y luego se iba de prisa sin que nadie se hubiese enterado..."

La misma Teresa de Ávila, contemplativa por excelencia, afirmó: "... el Señor quiere obras. Por ejemplo, quiere que no temas perder la devoción porque vas a consolar a una enferma para quien ves que podrías ser de alivio haciendo tuyo su sufrimiento, ayunando tú, si hace falta, para darle algo para comer... ¡En esto consiste la verdadera unión con el querer de Dios!".

Y hombres cercanos al cristianismo no podían tener un visión muy diferente. Muy bonito cuanto Gandhi afirma en su libro "Antiguo como las montañas": "... Si amamos a los que nos aman esto no es no violencia. No violencia es amar a los que nos odian. Sé cuanto es difícil seguir esta sublime ley del amor. Pero ¿no son las cosas grandes y buenas todas difíciles? El amor al enemigo es la más difícil de todas. Pero con la gracia de Dios también esta cosa tan difícil se nos hace fácil, si lo queremos..."

"... la regla de oro es ser amigos del mundo y considerar una a toda la familia humana. Quien hace distinción entre los fieles de la propia religión y los de otra, deseducan a los miembros de la propia y abren el camino al rechazo y a la irreligión".

Si hoy también el pensamiento de quién no cree en Dios, incide mucho en pueblos jóvenes y a menudo inexpertos, es porque presenta un cierto amor hacia los hombres.

Ciertamente vale para estos la palabra de la "Populorum progressio", humanismo si "pero abierto hacia el absoluto". De otro modo el apóstol reprocharía: "de nada sirve".

Muy oportunamente Pablo VI precisa: el precepto de la caridad cristiana contiene en sí desarrollos potenciales que ninguna filantropía, que ninguna sociología podrá igualar nunca. Y, examinando nuestra caridad, continúa: "la caridad todavía está encogida y encerrada dentro de confines de costumbres, de intereses, de egoísmos que deberán, nosotros creemos, dilatarse".

Surge lógico sacar una conclusión: es urgente transformar todas nuestras relaciones con los hermanos, padres, colegas, conocidos, hombres de todo del mundo, en relaciones cristianas. Y empujados e iluminados por el amor, dar origen a obras individuales y sociales, recordando que un vaso de agua tendrá su recompensa, un hospital, una escuela, un orfanato, un instituto de reeducación, etc. hechos como medios para expresar nuestra caridad, nos prepararan a un brillante examen final de nuestra vida.

De hecho Dios nos pedirá:

"Tenía hambre en tu marido, en tus hijos, como en las poblaciones de la India y tu, viéndome a mí en ellos, me has dado de comer.

"Tenía sed, estaba desnudo en tus hijos pequeños cada mañana, como en tus hermanos de muchas naciones, que viven en condiciones deshumanas, y tu, viéndome siempre a mí en todos, me has vestido con lo que tenías.

"Estaba huérfano, hambriento, enfermo en el niño de tu barrio como en las poblaciones del Pakistán trastornadas por cataclismos y amenazadas por el cólera, y tú has hecho todo tipo de esfuerzos para socorrerme.

"Has soportado a la suegra o a la mujer nerviosa, como a tus obreros amenazadores o tu jefe poco comprensivo, porque estás convencido de que no habrá una perfecta justicia social si no florece de una caridad social; y esto lo has hecho porque me has visto a mí en todos.

"Has visitado a tu pariente encarcelado, has rezado y llevado una posible ayuda a los que viven oprimidos y violados en el íntimo del espíritu'..."

Entonces nosotros atónitos dejaremos salir de nuestros labios una sola palabra: gracias. Gracias, mi Dios, por habernos abierto en la tierra un camino, el directísimo, el más breve para llegar pronto y directos al celeste destino.

Chiara Lubich